



JUICIO DE LA PRIMERA EDICIÓN

POR

EL SR. D. JUAN VALERA.

Horacio en España.—Traductores y comentadores.—La poesía horaciana.—Solaces bibliográficos, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, doctor en filosofía y letras.

DE algunos años á esta parte se escriben, se publican y se leen más libros en España que tal vez en ninguna otra época de la historia de nuestra cultura.

Ó por sobrado partidarios del tiempo en que vivimos, ó por rivalidad, emulación ó espíritu de partido, quizás no seamos nosotros buenos jueces para decidir sobre el valer é importancia de este movimiento intelectual en su conjunto; pero, dejando siempre á los venideros el fallo

definitivo, podemos dar nuestro parecer sobre los libros y autores del día.

Los críticos son pocos y desidiosos : se inclinan más á hablar de las producciones dramáticas y de poesías y novelas, que de libros de erudición; y estos libros, sobre los cuales, como es natural, fija menos su atención el público, pasan sin ser notados siquiera, salvo en un estrecho círculo de literatos.

Un autor dramático ó un novelista, como agrade medianamente, está seguro de ganar fama y popularidad. El hombre docto, en cambio, permanece en la oscuridad para el vulgo, á no ser extraordinario su mérito.

En este último caso se halla D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y, á pesar de la índole de sus obras, es ya conocido y celebrado. Merece, no obstante, que se le conozca mejor : y para contribuir á ello, hasta donde nuestras fuerzas alcancen, vamos hoy á hablar de su publicación más reciente, cuyo título nos sirve de epígrafe.

Por lo general, los españoles no somos muy estudiosos ; pero, cuando alguno estudia, suele hacerlo con pasión, cual si tratase de suplir la falta de estudio de los otros.

Así es el Sr. Menéndez y Pelayo. Apenas se comprende cómo en tan pocos años, pues no creemos que cuente aún veintitres, haya podido instruirse en tantas materias. No hay ramo de las humanas letras de que no tenga conocimientos exactos y á veces peregrinos, descollando singularmente en los idiomas y escritos de Grecia, de Roma y de nuestra madre patria. Une á esto notable buen gusto para escribir, facilidad maravillosa, y crítica sana y atinada, cuando la pasión ó ciertos prejuicios de escuela ó secta no le extravían. Es, por último, el Sr. Menéndez y Pelayo un elegante poeta lírico.

De todo ello ha dado claras pruebas en varias obras que lleva ya publicadas, y es de esperar que habrá de darlas mayores aún en una obra de superior empeño que se dispone á publicar con el título de *Historia de los heterodoxos españoles*.

Los que aman la poesía combinada con los estudios filológicos, aguardan también con ansia un tomo de versos del Sr. Menéndez y Pelayo, que ha de contener joyas preciosas, si hemos de juzgar por algunas que ya hemos visto ; como son, varias traducciones del Horacio cristiano, del

gran lírico latino-español Aurelio Prudencio, y no menos acertadas paráfrasis de odas filosóficas del místico Sinesio.

En el mismo libro de que vamos á dar noticia, muestra el Sr. Menéndez y Pelayo, á par que su copiosa erudición, sus altas prendas de poeta. Su traducción del *Carmen Saeculare* supera á toda otra traducción del mismo himno hecha en castellano, y su *Epístola á Horacio* es un dechado de dicción poética, de concisa elegancia y de inspirado y clásico sentimiento de lo antiguo.

Como todo buen libro, el *Horacio en España*, sin que el autor divague, sin que se salga de su asunto, conservando la unidad de pensamiento que toda producción literaria debe tener, encierra más y trasciende por cima de lo que el título promete. El *Horacio en España* es casi una historia apologética de toda nuestra poesía lírica, clásica y erudita, á la cual el autor, á pesar de su fervoroso catolicismo, se siente mucho más inclinado que á la poesía romántica de la Edad Media, de los cancioneros y romanceros, y que á la poesía romántica novísima, vaga, difusa y palabrera á menudo.

Horacio es el modelo inmortal, por la forma,

de este género de poesía lírica, predilecto del autor; pero el autor quiere que esta forma encierre sentido y pensamientos cristianos: y en tan rara y difícil alianza cifra la ideal perfección de la lira moderna. Tal es su regla fundamental, expresándola de esta suerte:

« Así León sus rasgos peregrinos
En el molde encerraba de Venusa;
Así despojos de profanas gentes
Adornaron tal vez nuestros altares,
Y de Cristo en Basilica trocóse
Más de un templo gentil purificado.»

Considerado Horacio bajo dicho aspecto de la forma, es sin duda el mejor modelo para la imitación.

El Sr. Menéndez y Pelayo tal vez exagera, sin embargo, el mérito absoluto del lírico latino. La poesía es arte, primor, elegancia, sin duda alguna. La concisión severa, el que no huelguen palabras ni frases, el que todo epíteto sea atinado y necesario, todo esto se requiere para que sea bella una composición poética; pero sobre todo esto deben estar la pasión y el entusiasmo. Y en Horacio faltan, por desgracia, los más limpios y fecundos manantiales de este fuego. Horacio, amando á la mujer, apenas va más allá de la

voluptuosidad elegante; siente y comprende la naturaleza de un modo somero y sin abarcar el conjunto de la magnificencia del universo visible; desconoce por completo todas estas ideas de libertad, de progreso y de filantropía, de que nace tanta poética inspiración en la edad presente; y está ciego y frío, por último, para ver y amar las cosas divinas y aspirar á ellas, con aspiración religiosa y sublimes esperanzas. Sólo sentía con fervor y brío la grandeza de Roma y de sus destinos, la majestad del Imperio, la gloria del Lacio. Este es casi el único germen de su estro poderoso, si no contamos también el amor de la belleza poética en sí misma, sin otro objeto que ella, tal como en el arte aparece. Por estos dos entusiasmos no suenan sus alabanzas á Augusto y á Mecenas como bajas adulaciones, ni sus propias alabanzas como pueriles arranques de un orgullo desmedido. Por estos dos entusiasmos vaticinó, sin provocar la burla de nadie, y logró que el vaticinio se cumpliera, cuando exclamó:

«Exegi monumentum aere perennius.»

Por estos dos entusiasmos le perdonamos que

no amase sino á las cortesanas, que no cantase sino los amores fáciles, y que, cediendo quizás al miedo, encomiase á un tirano taimado y cobarde como Augusto, pero á quien el mundo todo vencido encomiaba ya,

«Praeter atrocem animum Catonis.»

En medio de todo, el poeta, si no grande ó sublime en sus sentimientos, se nos muestra amable, simpático y hasta elevado á veces, siguiendo la filosofía de Aristipo y pugnando por hacerse dueño de las circunstancias en vez de someterse á ellas:

«Et mihi res, non me rebus, submittere conor.»

Uno de los mayores encantos de un poeta es la sinceridad y veracidad en los sentimientos, y Horacio era veraz y sincero. Muchos líricos de todas las edades afectan, y en la edad presente afectamos más que nunca, los sentimientos más egregios; pero, por fortuna, esto no se puede fingir, y se ve á las claras lo falso y declamatorio de la religiosidad, de los amores místicos, de los desengaños mundanos y de las esperanzas celestiales que dan asunto á nuestros versos.

En los de Horacio no hay tales mentiras. El poeta se pinta tal como es, y á veces peor. En cualquiera de sus odas se descubre el alma del hombre. ¡Cuánto más vale esto que no esas poesías de farsa en que uno que no reza nunca el Padre nuestro se disfraza de San Hilarión, y otro que come mal y viste peor y tiene las justas ó al menos disculpables aspiraciones de darse más placentera y regalada vida, se pinta á sí mismo como un Sardanápalo, que apuró ya la copa de los deleites de la tierra, y suspira sólo por goces empíreos, por consuelos soberanos y por sobrenaturales é infinitos objetos que sacien su sed inextinguible de amor y bienaventuranza!

Sin duda la poesía es arte; pero el arte ha de estar en la expresión y no en lo que se expresa. Lo que se expresa ha de ser verdadero, natural y espontáneo. Nada de convencional, ni rebuscado, ni fingido.

Horacio cumple perfectamente con este doble precepto. En el modo de expresar pone estudio, esmero y artificio: en lo que expresa, franco y leal abandono.

Lo contrario suele ocurrir á los malos poetas. Mucho afán, mucho estudio para inventar sen-

timientos que no tienen, para presentarse ellos mismos como seres punto menos que inverosímiles de puro excelentes, allá en el fondo del alma y del corazón; y deplorable desaliño en la manera de expresar sentimientos tan exóticos é ideas tan descomunales. Vienen á resultar de aquí un cúmulo de conceptos extravagantes, falsos y raros, prosaica y desmañadamente patentizados.

En contra de esta perversión, y siguiendo la doctrina que en resumen hemos expuesto, ha escrito nuestro autor su obra.

Es evidente que el fondo de la poesía lírica no se ha de imitar, ni fingir, ni buscar fuera de nosotros. La fuente del espíritu que anima la poesía lírica brota en lo más hondo del corazón del poeta. Mas para dar cuerpo consistente á ese espíritu; para que penetre en las almas humanas; para que tenga vida inmortal en este mundo en que vivimos, es menester que se revista de forma, y de forma adecuada, pura y hermosa. Aquí es, pues, donde cabe, ó, mejor dicho, donde se requiere el arte, el cuidado y el primor, y por consiguiente la imitación de los buenos modelos.

Horacio, en el sentir del Sr. Menéndez y Pelayo, es de estos modelos el que más nos conviene imitar, y á demostrarlo históricamente propende su obra.

La poesía popular es épica ó narrativa, y no lírica. El perfecto dechado de esta poesía está en los romances, y no en las seguidillas y coplas de fandango. De aquí, sin negar que haya coplas ó cantares, ora del vulgo, ora nacidos de la inspiración ó del capricho de algún singular poeta, que sean bonitos, sentidos y quién sabe si hasta sublimes, bien se puede en general aceptar por buena la opinión del Sr. Menéndez y Pelayo, que desecha las coplas ó cantares por no ser poesía lírica de buena ley. Infiérese, por lo tanto, que no hay verdadera y alta poesía lírica, sino la llamada erudita, y que de ésta la mejor, la más sencilla y natural, la más briosa y concisa, es la horaciana: la de aquellos que mejor imitaron entre nosotros el estilo de Horacio.

No excluye el Sr. Menéndez y Pelayo otros no inferiores modelos: pero sostiene, con razones fundadas que sería prolijo exponer aquí, que Horacio es el modelo lírico que más se presta á

la imitación para los poetas neo-latinos y españoles sobre todo.

Los líricos griegos nos son más extraños; la poesía bíblica es más sublime por el fondo que por la expresión, que es lo que se debe imitar: y en el *petrarquismo* hay ya algo de afectado, ergotista y archi-culto, que pasó ó importa que pase de moda.

En lo dicho creo interpretar con fidelidad la mente del autor, participando sólo hasta cierto punto de sus ideas.

En lo que sí convenimos es en que Horacio es un admirable modelo.

Su forma es la más digna de ser imitada. Y después de su forma, su lealtad y su franqueza, cuando no rayan en desvergüenza.

Bien está que en elogio del amante de Laura se repitan aquellos lindos versos de que él fué quien

*«Amore, nudo in Grecia, nudo in Roma,
D'un velo candidissimo adornando,
Rendea nel grembo à Venero celeste:»*

pero, francamente, una cosa es arropar, vestir al amor, y otra venirnos con un lío de gasas, cendales, velos y plegarías más ó menos cándidos,

en cuyo centro, si el lío se deshace, no se encuentra nada.

No afirmaremos nosotros que el amor de Petrarca sea vano, sea una metafísica alegórica y sin verdadero sentimiento; pero sí que hay más pasión y más verdad en las galanterías, en los celos, en las iras, despechos, ternuras y furores de Horacio, por toda aquella turba multa de *surripantas* que amó á su manera; por sus Gliceras, Lidias, Pirras, Neeras, Galateas, Tindaris, Gracidias, Cloris, Inachias, Frines, Lálages y Cloes, que en los alambicados refinamientos, frías hipóboles y etéreos piropos de Petrarca á su única Laura. ¿Quién, aunque no esté en el secreto por la historia, no descubre en seguida que todo ello consiste en que el Petrarca enamora en prosa al modo de Horacio, y á Laura se la guarda sólo para amarla en poesía como *dea ex machina* de su lirismo?

No es esto decir que no prefiera yo el amor inspirado por la Venus celeste; pero, sobre todo, quiero sinceridad en el poeta. Me agrada el precepto que dió con otro motivo Moratín. En vez de darle irónicamente, le doy en tono serio:

«No mientas, no, que es grande picardía.

»Antes de que mientas, antes de que armes un caramillo de ternuras y quintas-esencias de alquimia, gusto de que confieses, como el vate Venusino, que, ó bien porque no te quieren las damas, ó bien porque temes lances como el de Salustio, aunque hoy son raros los Annios Milones que dan palizas y saquean con violencia á los amantes, tú te dedicas á género fácil y exclamas: *Nullam matronam ego tango*.

»Cántame, en suma, tus amores tales como ellos son, y no los inventes para cantarlos.»

Hemos empezado por el fin, al hablar de la obra del Sr. Menéndez y Pelayo; pero no podía ser de otra suerte. ¿Cómo dar cuenta de su obra y seguirle paso á paso, sin escribir un compendio de la historia de nuestra poesía lírica castellana, portuguesa y hasta catalana y gallega?

Hablando primero de los traductores y comentadores, y luego de los imitadores, el señor Menéndez y Pelayo pasa en revista y juzga á casi todos nuestros líricos, las más de las veces, á mi ver, con imparcialidad y tino: casi siempre también con extremada benevolencia.

Sólo falta á ésta, y, según mi leal parecer, á

la justicia, siempre que habla de Quintana. El Sr. Menéndez y Pelayo (ó no quiere ó no sabe disimularlo) participa del santo aborrecimiento de los ultramontanos, clericales, absolutistas y moderados históricos á este poeta de la libertad, del progreso, de la civilización moderna, del espíritu de nuestro siglo. El odio le ciega, y mientras ve como lince los defectos de Quintana, desconoce ó no confiesa sus altas cualidades, que hacen de él el primero de nuestros líricos, salvo Fr. Luís y Espronceda.

Verdad que Quintana ni atina á cantar bien del amor, ni comprende, ni admira, ni celebra con entusiasmo la beldad y armonía del Universo, ni sabe elevarse hasta su Creador, ó en raptos del alma afectiva, ó con el vuelo atrevido de una inteligencia discursiva y honda; pero nadie como él siente y expresa mejor en castellano la nobleza del hombre, los beneficios de la ciencia, los triunfos del ingenio y de la razón, la libertad, y hasta cosas que, independientemente de todo partido, deben agradar y apasionar: el amor de la patria, y la devoción, el sacrificio y la energía con que debemos defenderla. Nadie como Quintana ha cantado nunca,

con tan sentida y profunda inspiración, las antiguas glorias de España, sus triunfos, sus conquistas, sus elevados destinos y la egregia parte que representa en la historia del humano linaje.

En cambio, el Sr. Menéndez y Pelayo hace justicia á otros líricos españoles, harto olvidados ó desdeñados por el mal gusto del vulgo: tales son, principalmente, Cabanyes y Moratín el hijo. Las odas del último y sus epístolas y sátiras ofrecen el más acabado modelo que hay en lengua castellana de dicción poética, de versificación elegante y de concisión y tersura. Claro está que falta á Moratín aquella fantasía creadora y aquella alteza de sentimientos y de ideas que hacen los grandes poetas; mas no carecen ni de gracia ni de ternura sus composiciones; no son *nugae sonorae*.

En suma: el Sr. Menéndez y Pelayo, siempre que juzga individualmente á un poeta, le juzga bien á nuestro parecer. Su criterio es recto cuando es meramente literario. Sólo se extravía por la pasión de partido.

Nadie pretende en absoluto que el arte progrese como la industria y la ciencia. Nadie cree que hoy, porque hay ferrocarriles, y telégrafos,

y fotografía, se ha de pintar mejor que en tiempo de Apeles ó de Rafael, se ha de esculpir mejor que en tiempo de Fidias, y han de ser los poetas épicos más sublimes que Homero y los líricos superiores á Píndaro. Convenimos en que en el arte no cabe progreso gradual. Convenimos también en que la poesía épica no es posible en el día, como lo fué en otras edades. La poesía épica legítima es de las edades primitivas; pero ¿cómo hemos de convenir en que la poesía lírica también decae? Nunca, salvo en la edad de oro de la literatura helénica, ha habido líricos comparables á los de ahora.

Y no se nos diga que por falta de un ideal que compartan con el pueblo, por carencia de fe, y por no sentir el entusiasmo que da autoridad para dirigirse con voz conmovedora á las muchedumbres, los líricos son hoy todos *subjetivos*, y están siempre en conversación interior, y como en una especie de soliloquio. En ninguna época de la historia ha ejercido tanto influjo la poesía lírica como en la nuestra, ha agitado más las pasiones del pueblo y se ha dirigido con más poder y eficacia, á mayor número de gentes. Béranger en Francia y Giusti y Rossetti en Italia,

dan claro testimonio de ello. Y como dechado perfectísimo de lírica que eleva el corazón de las naciones, que ensalza sus pensamientos y sentimientos, y que canta dignamente los más nobles objetos, nada se podrá citar en lo antiguo que valga *La Campana* de Schiller, los himnos y coros de Manzoni, los cantos á Italia, á Mai y al monumento de Dante de Leopardi, y varias odas de Quintana, en particular la que compuso *Al levantamiento de las provincias españolas contra los franceses*. Desengañese el Sr. Menéndez y Pelayo: los grandes poetas líricos nacen y viven en tiempos de libertad: esto es, cuando hay fe en la libertad, aunque la libertad se haya perdido. La servidumbre mata al cabo la inspiración de la gran poesía. Horacio en sus momentos mejores se acuerda de la república, y cuando es más noble y más bello, es cuando encomia á sus amigos de Filipos y á los antiguos héroes de Roma. Píndaro vive cuando es libre Grecia.

Ya se entiende que se habla sólo de la gran poesía lírica. En la corte de un tirano benévolo é ilustrado bien puede haber elegantísimos y correctos poetas líricos. Los puede haber y los ha habido también con Inquisición. La Inquisición

(yo he hecho casi su apología, como el Sr. Orti y Lara), la Inquisición no fué al fin sino un signo, un síntoma del estado mental de un pueblo que se hizo el campeón de lo pasado contra lo presente y contra el porvenir de la civilización, y que no pudo menos de salir harto malparado de tan gigantesca y absurda lucha.

Tal vez estos, que yo juzgo errores del señor Menéndez y Pelayo, provengan, más que de firmes preocupaciones, que por la edad de él no pueden ser inveteradas, de su ardor juvenil y de su carácter impetuoso, que le hacen tan á propósito para la polémica.

No tengo yo la pretensión de convertir al señor Menéndez y Pelayo. Hasta cierto punto, convengo con él en no pocas afirmaciones, y cuando no convengo, las disculpo y las aplaudo, como contrapeso y conveniente vindicación de otras ideas, exageradas también en sentido contrario y que me desagradan más.

Así, por ejemplo, en este ultra-clasicismo para la poesía lírica, no sigo yo hasta sus extremos al Sr. Menéndez; pero le hallo muy útil como reacción contra la barbarie, no sólo ejercida, sino convertida en preceptos, ya en favor

de la poesía popular, ya en favor de honduras filosóficas y de originalidades y elevaciones nebulosas, que no pasan á menudo de ser ilusiones de algún vanidoso coplero.

No es esto negar que á veces la limpieza y elegancia de la forma y la majestad del estilo envuelven en los poetas clásicos ideas mezquinas, sentimientos vulgares y hasta niñerías que mueven á risa. Pero esto nada prueba contra la doctrina: esto irá contra el poeta, el cual, aun así, se hará estimar como artista por las mismas personas de buen gusto que se rían de sus inoventadas de hombre.

Sirva de muestra aquella epístola de Moratín á Jovellanos, en que le habla de su viaje á París, Londres, Bruselas, Roma y Nápoles, con más pompa y énfasis que pudieran hablar de sus peregrinaciones extraordinarias y raras Fernán Méndez Pinto, Pero Tafur, Marco Polo ó Simbad el Marino. Allí dice que visitó pueblos y naciones distintas; que adquirió útil ciencia, notando la diferencia *suma* que el clima, el culto, la opinión, las artes y las leyes causan; califica al belga de *aterido*, como si se tratase del lapón ó del islandés; y se pasma de cuanto á su vista

presentó la varia escena del *orbe*. Pero en toda la epístola, sin excluir los mismos versos que ponemos un poco en solfa, ¡qué primor de estilo, qué pulcritud, qué arte, qué belleza de dicción! Así es que, cuando el pensar ó el sentir son más altos, resultan en la indicada epístola trozos bellísimos, como el siguiente, donde habla de Roma:

«Cayó la gran ciudad que las naciones
 Más belicosas dominó, y con ella
 Acabó el nombre y el valor latino.
 Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
 Sus águilas llevó, prole de Marte,
 Adornado de bárbaros trofeos
 El Capitolio, conduciendo atados
 Al carro de marfil reyes adustos,
 Entre el sonido de torcidas trompas
 Y el ronco aplauso de los anchos foros,
 La que dió leyes á la tierra, horrible
 Noche la cubre, pereció. Ni esperes
 Del antiguo valor hallar señales.»

Otro de los sentimientos y afirmaciones que me son simpáticos, pero que el Sr. Menéndez exagera, es el latinismo; su exclusivo amor á los pueblos griegos y latinos y á su cultura, y su odio y desprecio á los *bárbaros* del Norte.

Reconociendo lo poco razonable de la afirmación, la disculpo, y con frecuencia me siento in-

clinado á creer en ella. La exageración contraria pone fuera de sí al hombre de más paciencia. Tendrán alguna razón; pero se tornan muy pesados los encomiadores de lo extranjero. El gastrónomo deplora que no coma uno, sino que sólo se alimente, en España; la dama elegante no se sabe vestir sino en París; el hombre de Estado nos trata de insensatos y de estúpidos, y no cesa de hablar de la cordura inglesa; somos unos pordioseros, y de continuo nos están restregando por las narices los dinales que posee el último pelafustán de Londres; no puede un español discurrir sobre nada, sentar algo como verdad, sin que salgan los críticos diciéndole que está antiguo, y que ya tal doctor de Heidelberg ó de Koenigsberg ha demostrado lo contrario. Se trata de poesía ó de filosofía.... eso en Alemania; se trata de política.... eso en Inglaterra; se trata de maquinaria, de industria.... eso en los Estados-Unidos. Los pueblos del Norte se nos han adelantado de tal suerte, que no hay ya modo de alcanzarlos en su progreso. Caímos para siempre. En el movimiento ascendente de la humanidad, en la evolución progresiva y sin término, nos hemos quedado atrás, como raza

inferior, y ya no nos levantaremos nunca; tal vez tengamos que resignarnos á morir, á caer vencidos en la *lucha por la vida*, como los salvajes de la Polinesia. Si fuimos preponderantes en Europa y en el mundo, fué por corto tiempo, y en virtud de un extraño conjunto de casualidades, que no volverán á darse en lo futuro. En la grandeza actual de los ingleses y de los alemanes, en cambio, la casualidad no entra por nada: todo se lo deben á su talento, á su valor y á su trabajo. Nosotros, sobre ser holgazanes y aficionados á la briba, hasta por razones geológicas y meteorológicas, estamos condenados á vivir en la miseria; España resulta ahora que es la tierra más estéril, árida é infecunda. No puede haber nada peor. Hay además terremotos, vientos y tempestades, y esto nos llena de terror religioso, nos roba la serenidad y la calma, y nos hace ridículamente fanáticos, y, por lo tanto, incapaces para seguir á los pueblos del Norte en el vuelo que su cultura va tomando. Se cuentan por docenas los improvisados señorones españoles, que tal vez en Inglaterra no hubieran pasado jamás de la antesala de un lord, y que se lamentan de no haber nacido ingleses, porque

este país, que los ha empinado y hartado, es pobre y tonto, y ni los comprende ni los merece. Todo está mal, sin duda; pero nos desesperamos, y en vez de tratar de mejorarlo, nos lo fingimos mucho peor en la fantasía. No hay comediante que represente bien, ni poeta que no sea ampuloso y vacío de pensamiento, ni político que tenga sentido práctico, ó, si le tiene, que no le aplique á su propia conveniencia y no á la del pueblo. Todo, en suma, es abominable por aquí. Somos más inmorales, más lascivos, más viciosos, más flojos y más pícaros que los peores hombres del Norte. Es menester que los pocos varones píos, de virtud y cultura, que por inexplicable milagro han nacido y se han criado por aquí, se escapen de esta inmundicia, y se fuguen á las regiones hiperbóreas.

No levanto castillos para derribarlos luego. Todo esto y más se siente y se dice, no en un momento de mal humor, sino con penosa y monótona insistencia, afligiendo á los pobres españoles que lo escuchan, metiéndoles el corazón en un puño, amilanándolos ó exasperándolos, y haciéndoles prorumpir en afirmaciones opuestas, con perdón sea dicho, no menos disparatadas.

El aborrecimiento, pues, del Sr. Menéndez y Pelayo, ó el injusto desdén que muestra á la ciencia, al arte y á la filosofía de Alemania y de otras naciones, aunque no está justificado, está disculpado. Ya hemos buscado y expuesto la disculpa para la prosa, para el espíritu archi-latino, ultra católico y un tanto retrógrado de su libro. Lo que es para los versos, no necesita disculpa. Al cabo, alguna pasión ha de mostrar el poeta. ¿Quién no se la perdonará en este elocuente trozo de su Epístola á Horacio?

« Horacio, ¿ lo crearás?, graves doctores
 Afirman que los hórridos cantares
 Que alegran al sicambro y al escita
 Ó al germano tenaz y nebuloso,
 Oscurecen tus obras inmortales,
 Labradas por las manos de las Gracias,
 Cual por diestro cincel mármol de Paros.

.....
 ¿Quién te dijera que en la edad futura
 De tudescos y eslavos el imperio
 En la ley, en el arte y en la ciencia,
 Nuestra raza latina sentiría,
 Y que nombres por tí no pronunciables,
 Porque en tu hermosa lengua mal sonaran,
 El habla de los dioses enturbiando,
 Tu nombre borrarían? Orgullosos
 Allá arrastren sus ondas imperiales
 El Danubio y el Rhin antes vencidos;
 Yo prefiero las plácidas corrientes

Del Tiber, del Cefiso, del Eurotas,
 Del Ebro patrio ó del dorado Tajo.»

Sea como sea, no hemos de contradecir ni de impugnar más por hoy las opiniones del señor Menéndez y Pelayo. Á pesar de las tendencias retrógradas que se notan en sus escritos, y que más propias son del viejo *laudator temporis acti*, que de un joven, que debiera estar contento de lo presente y lleno de esperanzas en el porvenir, la erudición extraordinaria, el recto juicio, ofuscado rara vez, y el vigor poético del señor Menéndez y Pelayo, nos pasman y enorgullecen como españoles.

JUAN VALERA.

